

X

En la habitación del enfermo reinaba la alegría; frascos, tazas, cucharillas, todo estaba lejos de su vista. La señora Laugé, que vino en seguida que recibió la carta de su hija, cuidaba á Félix que la quería entrañablemente, y de vez en cuando hacía exquisitos platos con gran satisfacción de su yerno. El peligro había desaparecido por completo, y desde hacía tres días, Clara consintió en acostarse en una cama de campaña, después de haber velado sin acostarse las tres primeras noches: pero la fatiga no había impreso sobre la joven la menor señal: amaba al enfermo con tanta pasión que al descansar le parecía hacerle una ofensa. Las instancias del médico y de su madre la decidieron al fin á entregarse al reposo, del cual parecía no tener necesidad. La alegría por ver á Pablo fuera de peligro le daba fuerzas para todo. El médico había dicho más de una vez á su esposo y á su madre, que era ella quien en realidad había salvado al enfermo. Si aquella noche le hubiese dejado dormir bajo los efectos del frío, probablemente Pablo hubiese pagado con su vida el placer de acompañar á Camila y conversar con ella una media hora.

Al sexto día de ocurrir el accidente, Camila, que ig-

noraba lo sucedido, se presentó de noche, según su costumbre, en casa de Brécart; iba á entrar en el saloncito cuando la criada la detuvo diciendo:

—Perdon, voy á avisar á la señora.

Camila se quedó estupefacta, preguntándose si soñaba; un vago temor se despertó en su conciencia y se preguntó si Clara no tendría alguna queja de ella. ¿Quejarse? ¿De qué? ¿En qué podía Camila haber ofendido á su amiga? Un examen rápido de los hechos la tranquilizó, y con un aplomo digno de la más cándida inocencia, preguntó riéndose á Clara que se presentaba en aquel instante.

—¿Estoy despedida? ¿Por qué tantos cumplimientos?

Su voz fuerte y clara molestó los oídos de la señora Brécart, quien le repuso muy bajito:

—Desde tu última visita mi esposo ha estado á la muerte.

Camila tembló con violencia. ¡Pablo á la muerte! ¡Dios mío! ¿qué habría pasado? Con voz temblorosa preguntó á su amiga:

—¿Y ahora?

—Ahora está mejor; el peligro ha desaparecido... Pero tendrá que ser más prudente en lo porvenir, las fluxiones de pecho dejan largos y temibles rastros.

Las dos jóvenes habían pasado al salón alumbrado por una sola lámpara; el estado de los muebles demostraba que desde hacía algunos días nadie entraba en aquella habitación. Camila, apoyando sus manos sobre el respaldo de una silla para sostenerse, miró á Clara con vaguedad:

—Una fluxión de pecho... ¿Pero está fuera de peligro, dí?

—A condición de no cometer nuevas imprudencias—repuso Clara.

Aun guardaba en su corazón el recuerdo de la última visita de Camila, y si se sentía feliz porque su esposo estaba fuera de peligro, en cambio estaba algo resentida con la culpable de su enfermedad.

—Imprudencias... ¿cómo? ¿cuándo?

—Fué al volver de acompañarte cuando mi marido cayó enfermo: cogió frío al conversar contigo ante tu puerta... Camila, te creía más razonable, á ti te gusta todo lo que es novelesco.

Por primera vez en su vida sintió Camila que era merecedora de un reproche; en vez de erguirse con altivez, como hacía siempre, inclinó la cabeza y pidió perdón.

—Estoy desconsolada—dijo con una entonación llena de angustia—no creí que pudiese haber peligro. Te suplico que me perdones... ¿Y Pablo no está incomodado conmigo?

—Nada me ha dicho—repuso la joven emocionada por aquella humildad que no esperaba—no creo que se haya dado cuenta de ello.

—¿Ha sufrido mucho?—preguntó Camila después de una pausa.

—No mucho, ha tenido fiebre y delirado de vez en cuando...

Camila miró á Clara de reojo: Pablo al día siguiente no había dicho nada de la conversación que tuvo con ella.

Para denigrar á Clara había retenido á Pablo, bajo una lluvia glacial, mal protegido por el quicio de la puerta cochera, bajo los hilos de agua que caían del canalón; ella estaba á cubierto mientras se cebaba en referirle los defectos de Clara: su frivolidad natural, su severidad intempestiva con las criadas, el poco celo que mostraba para llegar á ser perfecta... Pablo había oído y aguantado todo aquello, porque Camila, sin saberlo, guiada por el afán de separar á aquellos dos seres que tanto se querían, empleó habilísimos rodeos, presentando cada una de sus censuras como si fuese una excusa. Por este medio retuvo al esposo de su amiga en medio de la lluvia, destruyendo á la vez su salud y su felicidad doméstica, á la vez que creía firmemente prestarle un servicio y abrir sus ojos á la realidad.

Pablo nada había dicho de esta conversación, ni en su fiebre se le escapó palabra alguna. Camila se explicaba ahora por qué le había oído sin responderle. Lo sufría, helado, febril; oyó las palabras sin comprenderlas no pensando más que en irse... Pero no, aquello no podía ser; porque entonces no le hubiese estrechado, al despedirse, la mano con efusión, diciéndole estas frases que ella se repitió cien veces.

—Es usted una verdadera amiga.

—¿Puedo verle?—preguntó llevando su imprudencia hasta el último límite impulsada por la necesidad de contemplar el semblante del hombre á quien amaba.

Clara sonrió.

—Esta acostado. Si tus principios te permiten ver á un hombre en la cama no puedo negarte este consuelo...

Esperaba que este argumento haría desistir á Cami-

la; pero con gran sorpresa suya oyó que le respondía con desdén.

—Querida mía, se trata de tu esposo, y este título.

Clara la miró con curiosidad; por primera vez penetró en su alma un vago destello de verdad; pero fué tan fugitivo como un relámpago y la sospecha no arraigó.

—Espera—le dijo—voy á ver si quiere recibirte; tal vez tenga más escrúpulos que tú sobre este punto.

Camila comprendió el epigrama, pero ¡qué le importaba! Quería verle á toda costa. Si Clara le hubiese negado la entrada en la habitación de su esposo, tal vez y á pesar suyo hubiese entrado en ella, sin preocuparse de las consecuencias de este proceder. Dejó que la señora Brécart entrase en la habitación inmediata.

—Pablo, ha venido Camila—dijo con voz ligeramente alterada—Quiere verte ¿lo permites?

Pablo miró á su mujer, y un ligero rubor tiñó sus pálidas mejillas. Había reflexionado mucho durante aquellos seis días, y su solo temor era que Clara llegase á saber el papel inconsciente pero odioso que Camila representaba entre ellos. Tenía miedo de Camila, la creía capaz en un momento dado de hacer cualquier disparate; quería que viese el resultado de su proceder y reposo con tranquilidad.

—Que entre; pero que no esté mucho tiempo; me fatigaría.

Clara volvió al lado de su amiga.

—Puedes entrar, pero sólo por un instante.

Durante aquellos días Pablo había cambiado mucho; ciertas enfermedades dejan en el semblante más huellas que otras; había adelgazado mucho, sus ojos negros es-

taban hundidos en las órbitas; su nariz recta y afilada parecía de cera y sus manos marchitas, huesosas y afiladas descansaban sobre las ropas, inspirando compasión.

Camila no se atrevió á acercarse, notaba que iba perdiendo el poco imperio que tenfa sobre sí misma; sentía deseos de precipitarse sobre aquel hombre, cogerle en brazos y llevarse á un sitio donde no pudiese pertenecer á nadie más que á ella.

—Buenas noches—dijo. Estas fueron las únicas palabras que sus labios pudieron pronunciar.

El le respondió con un ademán de cabeza en unión de una sonrisa extraña. El recuerdo de todo lo que había dejado decir sin protesta, el pensar que su silencio permitió que se censurase á Clara, á la dulce esposa que era para él el sol y la alegría de su existencia, todo esto le asaltaba como un mal sueño; gracias á la enfermedad había podido librarse del abismo que se abría á sus pies.

Pablo no era un niño; hacía tres meses que notó la pasión de Camila. ¿Por qué no rompió desde aquel mismo día? Porque el hombre es débil. Se disculpaba con malos argumentos: las conveniencias sociales, la amistad antigua, la necesidad de evitar sospechas... Y además ¿por qué afligir á Camila? Era muy hermosa y es muy dulce verse amado, sobre todo cuando uno se siente fuerte y tiene la seguridad de no sucumbir. Pablo contaba con tenerla, se había experimentado, puesto que su corazón permanecía frío al lado de la joven; ¡pero era cuestión de amor propio! De diez veces, nueve el amor propio guía los actos de la humanidad.

Pero cuando el corazón es sano, y el cerebro firme, llega un día en que uno se reprocha su error. Aquel día había llegado para Pablo. Fué el en que regresó enfermo á su casa; al encontrarse al lado de su esposa, á la que había ofendido injustamente, y cuya ofensa le pagaba con una ternura y abnegación sin límites. Durante las horas de fiebre no cesó de invocar el nombre de Clara, con la sonrisa en los labios é inefable placer en el corazón. Sin haber hablado se sentía perdonado y el amor por su esposa se centuplicó.

Después de haber mirado á Camila un instante, de contemplar con indiferencia aquel hermoso rostro, en el que no se reflejaba ninguna simpatía para la mujer que sufrió las consecuencias de su enfermedad y que le había curado; en el que toda la expresión se reconcentraba en una mirada de pasión y de temor por él, Pablo no pudo reprimir un ademán cruel en su ingenuidad y deseando vengar de una sola vez los cien ultrajes que la joven había inferido á su esposa, le cogió una mano y acariciándola dijo:

—Esta es quien me ha salvado.

Aquel golpe fué á dar de lleno en el corazón de Camila; pero con su estoicismo ordinario supo no pesarse.

—Ha hecho bien—repuso al cabo de un instante—era su deber.

—No ha sido por deber, por lo que lo he hecho—replicó Clara, animada por el sentimiento de su superioridad—¡ha sido por amor!

Pablo besó la mano que retenía entre las suyas.

—Me alegro mucho de verle á usted mejor—dijo Ca-

mila con tranquilidad—temo fatigarle, pronto volveré para saber cómo sigue.

Esta vez salió sola de aquella casa, regresando á la suya antes de la hora que tenía por costumbre.

XI

Al siguiente domingo, Gustavo Mirmont fué á visitar á la señora Brécart; ignorando la enfermedad de Pablo iba á ofrecerle un palco para el día siguiente. Su sorpresa fué grande, no por el accidente en sí mismo, sino por la forma que se hablaba en aquella casa, ó por mejor decir de lo que no se hablaba.

Por regla general, cuando alguien cae enfermo, los parientes ó los amigos, no encuentran nada mejor que el referir á las visitas, con todos sus detalles, las causas que han producido el mal y todo el curso de la enfermedad... Aquí no se hablaba de las causas y sí de los efectos de la enfermedad. Mirmont se atrevió á decir con sencillez al convaleciente:

—¿Cómo se puso usted enfermo?

Acordándose que tenía ante él al adorador de Camila, cuyo único afán era el conquistar su corazón y al mismo tiempo su mano, Pablo se sintió cohibido.

—Fué una noche —repuso:—salí de casa para acompañar á una persona...

Aquí hacía bastante calor, y afuera mucho frío.

—Comprendo—repuso Mirmont muy lejos de figurarse que esa persona pudiera ser Camila, por más que no le pasó inadvertida la cohibición del ingeniero; pero su